

ESTUDIO LINGÜÍSTICO DEL LATÍN DE CLAUDIO TERENCIANO. LA CARTA 468 (P. Mich. VIII 468)

RODRIGO RÍO PÉREZ
Universidad de Salamanca
rodrigorio@usal.es

BIOGRAFÍA

Nace en Terrassa (Barcelona) en 1993 y posteriormente se traslada a la provincia de Zamora. Graduado en Filología Clásica por la Universidad de Salamanca (2011-2015) y actualmente estudiante del Máster Universitario en Profesor de Educación Secundaria Obligatoria y Bachillerato en la misma universidad durante el curso 2015-2016.

RESUMEN

Las cartas de Claudio Terenciano suponen un testimonio de que el latín no era una lengua monolítica e invariable hasta su fragmentación en las lenguas romances, sino que ya en los primeros siglos del Imperio convivían dos variantes: una lengua estándar administrativa, burocrática y literaria, llamada latín clásico, y una lengua popular, el latín vulgar, que ya manifestaban diferencias lingüísticas a comienzos del s. II. Palabras clave: Claudio Terenciano, latín clásico, latín vulgar, lingüística latina.

ABSTRACT

Abstract: the letters of Claudius Terentianus show that Latin was not a monolithic and unchanging language until its division into the Romance languages, but two speeches lived together in the first centuries of the Empire: an administrative, official and literary standard language, called Classical Latin, and a popular language or Vulgar Latin, which already had linguistic differences in the early second century. Key words: Claudius Terentianus, Classical Latin, Vulgar Latin, Latin Linguistics.

1. EL ARCHIVO DE CLAUDIO TIBERIANO: LA CARTA 468. CLAUDIO TERENCIANO

La pequeña ciudad de Karanis (hoy Kom Aushim), situada al nordeste de la provincia Egipcia de El Fayún (Alto Egipto), en la orilla septentrional del lago Moeris, destaca por ser una fuente de importantes hallazgos papiráceos. En esta localidad se atestigua la existencia de una colonia de ciudadanos romanos, sobre todo soldados y veteranos, especialmente importante a finales del s. I d.C.¹ A mediados de los años 20, un equipo de la Universidad de Michigan comenzó a trabajar en la zona y encontró gran cantidad de papiros de época romana, entre los que estaba el archivo de Claudio Tiberiano (Alston, 1995: 117-142).

El archivo de Claudio Tiberiano (P. Mich. VIII 467-481 y P. Mich. inv. 5395; C.E.L.² 141-148) reúne un conjunto de cartas en papiro que supone una de las muestras más antiguas de latín vulgar (Adams, 1977: 1-2) y la prueba más evidente de bilingüismo grecolatino en Egipto (Adams, 2003: 593). La mayoría de ellas están dirigidas a Tiberiano (salvo la 472 y la 481). Las siete primeras (P. Mich. VIII 467-472 y P. Mich. inv. 5395) están escritas en latín y, a excepción de la 472, se las envía Terenciano a Tiberiano. Las cartas restantes están en griego (Strassi, 2008: 7-9). Este *corpus* se fecha en el primer cuarto del s. II, ya que una de

¹ Recuérdese que Egipto fue anexionado por Roma en el año 31 a.C. tras la batalla de Accio.

² *Corpus Epistularum Latinarum*.

las cartas alude al año 115 (Adams, 1977: 3; Väänänen, 1988: 276).

Como textos epistolares, presentan una serie de convenciones: el contenido suele estar encuadrado por una salutación al destinatario o *inscriptio* (468.1-4) y una despedida o *subscriptio* (468.46-65) (Cugusi, 1983: 43-72). En estos comienzos y finales formularios, Adams (1977: 4-5; 2003: 590) apunta a una influencia del género epistolar griego.

La carta 468 (= C.E.L. 142), redactada en latín, presenta un estado de conservación, en general, bueno, aunque con algunas lagunas que no impiden la comprensión de la mayor parte del texto. Se fecha poco después de la carta 467, en torno a los años 112-115 (Cugusi, 1992: 144-145; Strassi, 2008: 19). En ella, Terenciano, ya enrolado en la marina, se dirige a Tiberiano³ para informarle de que acaba de recibir su paquete, que le envía otro a su vez y le pide que le mande algunos objetos que necesita. También le indica que ha estado enfermo, que está preocupado por la situación en casa y lo pone al día sobre algunas cosas que le han pasado en la marina. Esta carta sería en parte privada y en parte pública (ya que su lectura por terceros no pone en compromiso una información secreta) y una mixtura entre el tipo informativo y el de “lo recibido”⁴ (Cugusi, 1983: 106-114, 275).

Terenciano era un hablante bilingüe, que controlaba fluidamente el latín y el griego. Las cartas dan muestra del manejo de ambas lenguas con habilidad pero con algunas diferencias: mientras que el latín se emplea para temas mundanos, el griego aparece para tratar asuntos más formales y oficiales. Ello ha hecho pensar que el latín era la lengua de uso doméstico de Terenciano y que usaba el griego en situaciones más importantes porque era la lengua burocrática y administrativa en Egipto⁵ y también la lengua de uso corriente en el ejército (el latín se empleaba en las más altas instancias militares) (Adams, 2003: 527-637). Además, la variación de los trazos entre las cartas hace suponer que eran redactadas al dictado de Terenciano por escribas diferentes, en general también bilingües, que, cuando redactaban en la lengua en la que eran menos expertos, podían dar lugar a interferencias entre las lenguas (Adams, 1977: 84; 2003: 541-543, 593).

2. ANÁLISIS LINGÜÍSTICO

2.1 Grafía y fonética

Las cartas de Terenciano son el testimonio de una serie de cambios que han afectado al sistema fonético del latín clásico y estas alteraciones provocan, a su vez, una variación en la escritura de las palabras. Muchos de estos fenómenos comienzan mucho antes y lo que encontramos en este texto de principios del s. II d.C. es el resultado de dichos procesos, puesto que estos textos epistolares pertenecen a un contexto en el que el peso e influencia de

³ Se discute si Tiberiano es el auténtico padre de Terenciano o si se dirige a él como “padre” como tratamiento de respeto (vid. Strassi, 2008: 107-112).

⁴ En el primer tipo se ponen en conocimiento del receptor los asuntos del emisor y en el segundo tipo se indica la llegada o recibimiento de objetos materiales.

⁵ Como en toda la parte oriental del Imperio.

la lengua estándar era menor.

Las cartas latinas del archivo de Claudio Tiberiano muestran evidentes señales de que se ha producido un cambio del sistema vocálico a consecuencia de la pérdida progresiva de las distinciones fonemáticas cuantitativas en latín vulgar (Adams, 1977: 7). El principal exponente de este cambio es la convergencia de /ē/ e /ĩ/, de forma que hallamos la grafía <e> para representar una /ĩ/ clásica (fenómeno que se puede atestiguar en la carta 468), mientras que los casos de <i> por /ē/ son raros antes de época tardía, a excepción de unos pocos ejemplos (Väänänen, 1988: 77).

Esta alteración en la grafía se debía, en teoría, a que las diferencias cuantitativas implicaban, a su vez, diferencias cualitativas: se da la tendencia a que, por un lado, las vocales largas se pronuncien de forma cerrada y precisa y, por otro, las breves tiendan a pronunciarse de forma abierta y relajada, de tal forma que la grafía <e> para la /ĩ/ se explicaría por una pronunciación más abierta de la /ĩ/, mientras que la <i> para la /ē/ sería el resultado de una pronunciación más cerrada de la vocal larga (Bassols, 1992: 62). Una opinión similar a esta es la de Allen (1978: 47), que dice que la articulación de las vocales breves es más relajada que la de las largas. Considera también que en el caso de las vocales medias y cerradas la pronunciación de la vocal larga es más cerrada que la de la breve, mientras que no hay una gran diferencia cualitativa entre /ǎ/ y /ā/. Para ejemplos de la similitud cualitativa entre /ĩ/ y /ē/ vid. Allen, 1978: 49.

Aunque esta desviación gráfica se atestigua desde la República temprana (vid. Adams, 2013: 41-43) y sigue presente en época imperial, no fue hasta las primeras centurias del Imperio cuando comenzó el reajuste del sistema vocal anterior y los testimonios aumentan a partir del s. III, en el que se tiene constancia del papel del acento intensivo en el debilitamiento del sistema cuantitativo (Adams, 2013: 60). De este modo, la convergencia plena de /ē/ y de /ĩ/ en [e] en proto-romance solo se dio una vez que la pérdida de la distinción de la cantidad vocálica (cuya desaparición es fundamental para la evolución posterior del sistema vocálico latino a las distintas lenguas romances) se extendió ampliamente. Así, estas alteraciones gráficas en tiempos republicanos no pueden corresponderse con el inicio de la convergencia de ambas vocales (ya que el sistema de distinciones cuantitativas está totalmente vigente), mientras que el proceso avanza en los primeros siglos del Imperio pero no se desarrolla de forma completa (Adams, 2013: 51). Un ejemplo de ello es la transliteración griega de palabras latinas: la escritura φηκετ para *fecet* (*fecit*) es indicativa de que, aunque se ha producido una apertura de /ĩ/, todavía no se ha dado una convergencia con /ē/ como demuestra la distinción gráfica entre η/ε (φηκετ) del griego (Adams, 2013: 60).

La pérdida de las diferencias vocálicas cuantitativas fue un proceso progresivo a lo largo de los siglos, de manera que continuaron existiendo las distinciones de cantidad, aunque cada vez eran menos perceptibles (Bassols, 1992: 63). Se podría postular que, en la época de la que datan las cartas, nos encontramos en un paso intermedio entre la distinción plena de /ĩ/-/ē/ y su convergencia en /e/, en el que la pronunciación de ambos fonemas está muy próxima pero todavía perviven algunas diferencias. Adams (1977: 11) considera que las

cartas de Terenciano constituyen un documento seguro de que la convergencia de /ē/ y de /ĩ/ (que cristalizará varios siglos más tarde) ya había comenzado en el siglo I d.C.

En el texto es posible localizar varias palabras en las que se percibe esta desviación ortográfica respecto a la norma del latín clásico: *nese* (35), *uolueret* (36), *sene* (38), *nesi* (40), *aiutaueret* (41). En el *corpus* latino de las cartas de Claudio Terenciano hay doce ejemplos de esta escritura, de los que 5 están presentes en la carta que nos ocupa, la 468 (Adams, 2013: 51).

Sene sería una muestra típica del uso de <e> para /ĩ/, mientras que en el caso de *nese/nesi*, las dos sílabas han de tratarse por separado: la grafía <e> de la primera sílaba respondería, según Adams (2013: 52), a un arcaísmo, ya que puede derivar de una forma *ně-* y se basa en testimonios de la obra plautina, en los que la vocal de la primera sílaba es siempre breve y se encuentra también una forma *nesi*. La explicación de la segunda <e> de *nese* es más complicada, ya que se atestiguan en inscripciones desde época temprana formas como *nesei/nisei*. Adams postula que este segundo grafema <e> podría reflejar el paso intermedio de la evolución del diptongo /ei/ a /ī/: [ē]. Considera que “*si esto se admite, la e sería una grafía anticuada en vez de una escritura fonética*”.⁶

En lo que se refiere a *uolueret* y *aiutaueret*, muestran este tipo de fenómeno en la sílaba final del verbo, en su desinencia frente a la clásica *-it* para estas formas verbales, hecho que ya se atestigua en las inscripciones pompeyanas, también para la segunda persona (*-es/-is*) (Väänänen, 1966: 22; 1988: 77). En las formas de perfecto, esta grafía <e> se documenta en latín arcaico y continúa en latín imperial y tardío (los casos de Pompeya Adams los atribuye a formas anticuadas y no a una influencia del sustrato osco, como hace Väänänen). Sin embargo, las formas de presente causan más problemas, aunque la teoría más plausible es considerar que la desinencia *-it* experimenta el mismo proceso fonético tratado anteriormente, la apertura de /ĩ/ en /e/ (Adams, 2013: 58-59).

Se produce, también, una aparente confluencia de los fonemas /ō/ y /ũ/ en [o], representado con el grafema <o>, en claro paralelo con lo que sucede con las vocales anteriores. Adams (2013: 63 y ss.; 1977: 9-11) dice que, de forma tradicional, se considera que la convergencia de las vocales posteriores (/ō/ y /ũ/) se dio más tarde que la de las anteriores (/ē/ e /ĩ/) y cita como prueba de ello el que en determinados lugares, como Rumanía, aunque se produjo la convergencia estándar en las vocales anteriores no se dio en las posteriores. Basándose en los datos estadísticos que le proporciona un *corpus* de textos no literarios, afirma que no se puede hablar de que el proceso de fusión de ambos fonemas en [o] haya comenzado en esta época.

En la carta 468 encontramos 9 ejemplos de *con* (12, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 57, 61) para la preposición clásica *cum* y *pulbino* en lugar de *puluinum* (12). En *pulbino*, Adams (1977: 37) propone que puede tratarse de un ablativo (la preposición *con*, que rige el sintagma *con culcitam et pulbino*, presenta, si se toma la propuesta de Adams, dos regímenes). Apoya su

⁶ “[...] if that is allowed the e would be old-fashioned rather than a phonetic spelling.” (Adams, 2013: 52)

hipótesis en el hecho de que en el resto de cartas no hay ningún ejemplo de <-o> desempeñado la función de acusativo. Junto a esto, los datos de Väänänen (1988: 121), que apuntan a que la /-m/ final tiene una mayor resistencia tras /u/, también se pueden considerar probatorios de que no se trata de un acusativo. En el caso de *con*, Adams (1977: 10) piensa que lo más acertado, aunque no seguro del todo, es que se trata de una grafía arcaizante introducida por el escriba, debida a la enseñanza de la ortografía antigua en las escuelas. Ahora bien, si representa una grafía arcaizante, no se explica por qué en estos ejemplos aparece de forma sistemática *con* en lugar del esperable *com*. Tal vez podríamos considerar que se trata de una forma procedente de un falso corte a partir del prefijo (como, por ejemplo, de *con-cosutum*).

En cuanto a los diptongos, el latín poseía cinco en su fase más arcaica atestiguada: /au/, /ai/, /ei/, /oi/, /ou/. Pronto se produjo una serie de cambios fonéticos que redujo el número de diptongos ya a mediados del s. II a.C. Este conjunto de evoluciones nos dejó con tres diptongos en latín clásico: /au/, /ae/, /oe/ (Weiss, 2009: 100-104; Sihler, 1995: 52-59, 64, 70-71). Pero parece que este sistema no estuvo muy extendido ni fue muy homogéneo, pues pronto se produjo la monoptongación de /ae/ y /oe/: /ae/ dio lugar a /ē/ también a comienzos del s. II a.C. en estratos rústicos (desde donde penetró en las clases populares de la propia Roma) y se conservó en estratos educados, mientras que /oe/ pasó a /ē/, evolución, según Väänänen (1988: 80), posterior a la de /ae/, pero también temprana (sus ejemplos más antiguos están en Pompeya). /Au/, aunque fue el más resistente de los diptongos latinos, en algunos dialectos monoptongó en /ō/ entre los s. II-I a.C. y se extendió entre las clases bajas como rasgo rústico. En umbro y otras lenguas itálicas se produjo antes la monoptongación, hecho que pudo influir en los hablantes latinos de fuera de Roma. En general, durante la República, las formas monoptongadas tendían a considerarse rústicas (por tanto, vulgares) y eran estigmatizadas.

Adams (2013: 87-89) considera que estas pronunciaciones monoptongadas eran vistas como regionalismos y no como un sociolecto propio de las clases bajas urbanas. Es más, dice que en el ámbito de los diptongos no se puede establecer una separación clara en la variación social y que, aunque pervivieron corrientes puristas de conservación de los diptongos, su pronunciación se llegó a ver como pedante.

En este texto, solo tenemos un ejemplo del paso /ae/ > /ē/, en el relativo plural neutro: encontramos *que* (3) en lugar de *quae*. El resto de casos susceptibles de contracción serían: *uitriae* (17), *caligae nucleatae* (25-26), *nugae* (26), *praestat* (30), *praeterea* (30), *aere* (38), *epistulae commandaticiae* (39-40). Exceptuando *aere*, los ejemplos responden al prefijo *prae-* y a desinencias de caso, lo que se puede deber a una formación más sólida del escriba, que todavía realiza una escritura conservadora no influida por la realidad lingüística (en textos tardíos la escritura de /ae/ sigue siendo más frecuente en este prefijo y en las desinencias casuales (Adams, 1977: 12)). Por tanto, podríamos interpretar *que* como un descuido de un escriba que, en este caso, introduce un ejemplo de la realidad lingüística en la que está inmerso.

Los datos de Adams (1977: 11-13; 2013: 74-75) muestran que el cambio /ae/ > /ē/ es menor en las dos primeras cartas y mayor en las siguientes, lo que puede deberse a la labor de diferentes escribas. Aunque la escritura de /ae/ es ligeramente superior a la de /e/ en el

corpus (tal vez por una redacción más conservadora), Adams considera que los ejemplos son suficientes para hablar de monoptongación.

Asimismo, se localizan otros cambios que afectan al sistema vocálico. Entre ellos, la síncopa es frecuente en las cartas de Terenciano y está presente en esta epístola 468 con cuatro ejemplos: *uetranum* (< *uet(e)ranum*, 6), *amicla* (< *amic(u)lam*, 10), *straglum* (< *strag(u)lum*, 11), *singlare* (< *sing(u)lare*, 14-15).

La síncopa, fenómeno popular propio del habla rápida y descuidada, consiste en la pérdida de una vocal interior breve entre consonantes, a consecuencia del efecto relativamente fuerte de la articulación de una de las sílabas vecinas (Väänänen, 1988: 83), lo que da lugar a un debilitamiento de la vocal interior y a la disminución de su duración hasta que deja de ser perceptible (Monteil, 1992: 122). Si se tiene esto en cuenta, las vocales tónicas no sufren la síncopa, ya que sobre ellas recae el mayor golpe de voz. Además, este fenómeno se ve facilitado por una serie de factores: son más propensas a la síncopa las vocales breves que las largas, las vocales cerradas /i/, /e/, /u/; las vocales en sílaba abierta y las contiguas con una sonante. La segunda sílaba (en palabras de más de dos sílabas) es, en general, la más afectada (Bassols, 1992: 117-118; Sihler, 1995: 68-70; Väänänen, 1988: 83-84).

El registro familiar de las cartas explica que la síncopa no sea extraña. Se da en *uetranum* y *singlare* (pérdida de la vocal en posición pretónica) y en *amicla* y *straglum* (síncopa se da en posición postónica). Se aprecia que en estas palabras se cumplen las condiciones que facilitan la actuación de este fenómeno: se pierden las vocales breves cerradas /e/ (*uet(ě)ranum*) y /u/ (*amic(ũ)la*, *sing(ũ)lare*, *strag(ũ)lum*), están contiguas a una sonante (/r/ y /l/) y en sílaba abierta. Todas son palabras de cuatro sílabas: en *uetranum* y *singlare* se produce la pérdida de la vocal de la segunda sílaba porque es breve y el acento recae en la penúltima (es larga y se cumple la ley de la penúltima⁷ por lo que no es susceptible a la síncopa) mientras que en *amicla* y en *straglum* no se da la síncopa en la segunda sílaba porque es la acentuada y su cantidad es larga frente a la penúltima.

El hiato (“*encuentro de dos vocales pertenecientes a dos sílabas sucesivas en el interior de una palabra*”, Väänänen, 1988: 89) también da lugar a diferentes fenómenos. Uno de ellos es la contracción en hiato, que afecta a dos vocales similares (con el mismo timbre o timbres muy cercanos) en hiato que contraen en una vocal larga (Adams, 2013: 110), con el timbre de las vocales en cuestión si son iguales (*mihi* > *mi*) o con el de una de ellas (Väänänen, 1988: 89; Weiss, 2009: 131-132).

Los casos de contracción afectan a la forma de dativo del pronombre personal de primera persona: *mihi*. De doce ejemplos, la mitad corresponde a la forma plena *mihi* y la otra mitad a la forma contracta *mi*. La presencia y cantidad de una y otra forma varía de unas cartas a otras: en la 467 solo aparece la forma plena y en la 471 la contracta supera a *mihi* en una proporción 6:1. La distribución de las formas plenas/contractas es desigual a lo largo de las cartas. La presencia de un mayor o menor número de contracciones puede deberse a una

⁷ De acuerdo con esta ley, en las palabras polisilábicas el acento recae en la penúltima sílaba, si su cantidad es larga, y en la antepenúltima, si la cantidad de la penúltima es breve (Allen, 1978: 83; Weiss, 2009: 109-113).

mayor pericia del escriba o bien a un dictado más rápido o a una intención más cuidada por parte de Terenciano (Adams, 1977: 20-21).

De forma general, muchas lenguas tienden a evitar el hiato. Sin embargo, cuando los timbres son demasiado diferentes como para que se produzca una contracción, la solución más natural fisiológicamente es la introducción de un elemento de transición (o *glide*), normalmente las semiconsonantes /y/ o /w/, según la naturaleza de las vocales en contacto (Väänänen, 1988: 90). De este modo, ante una vocal más abierta, /e/ experimenta un cierre en /i/, proceso conocido como cierre en hiato (Adams, 2013: 102). En la misma posición, tanto una /i/ originaria como la procedente del cierre de /e/ se cierran y palatalizan hasta dar lugar a la semiconsonante /y/. /u/ y /o/ en hiato experimentaron un desarrollo similar hasta acabar dando lugar a /w/. El cierre /e/ > /i/ se atestigua en fecha temprana y, al parecer, la consonantización en /y/ también comenzó pronto en la lengua hablada (Väänänen, 1988: 91).

Ahora bien, en el texto tenemos cuatro ejemplos que se han visto afectados por cambios motivados por el hiato: *liniu* (< *lineum*, 11), *uitriae* (< *uitreas*, 17), *calcio* (< *calceo*, 26) y *aiutaueret* (< *adiutauerit*, 41). En los tres primeros ejemplos se ha producido el cierre de /e/ en /i/, pero es imposible saber si nos encontramos ante una grafía <i> más próxima a la vocal o que ya ha iniciado el proceso de consonantización: solo en *uitriae* es posible considerar que <i> representa una vocal porque la /r/ precedente (las sonantes son las que ofrecen una mayor resistencia al proceso de consonantización de las vocales) previene el proceso de “yodización” (Adams, 1977: 19). En cuanto a *aiutaueret*, la /i/ de *adiuto* habría consonantizado para evitar el hiato: *ad[y]uto*. Este cambio produjo por asimilación la palatalización de /d/, aunque esta palatalización es de naturaleza desconocida (Adams, 1977: 19). Este y otros grupos de consonantes más yod siguieron dos caminos evolutivos que dependieron de factores diacrónicos, diastráticos y diatópicos: en unas zonas sufrieron una máxima asibilación hasta dar lugar a un fonema africado /z/ y, en otras, se produjo una regresión a /y/ (Väänänen, 1988: 101 y ss.). No obstante, los errores gráficos (<z>, <ζ>, <g>, <i>, <di>) que provocaba la carencia de un grafema para representar este sonido palatal no aparecen de forma sistemática hasta el s. III, ya entrando en época imperial tardía, por lo que parece poco probable que la <i> de *aiutaueret* (y de *aiutare* de 471.28) represente una africana, sino que más bien se trataría de las fases iniciales de la palatalización.

Itarum (< *iterum*, 23) se explica como una apertura provocada por /r/: en el caso de /a/ átona ante /r/ se produce una vacilación entre -ar- y -er-. El primer resultado se debe al efecto abridor de la /r/ mientras que el segundo es el habitual en casos de apofonía (*dare: reddere*) (Väänänen, 1988: 76; Adams, 1977: 13).

Quedan por aclarar dos alteraciones vocálicas: *dalabram* (< *dolabram*, 27) y *commandaticiae* (< *commendaticiae*, 39-40). *Dalabram* se puede considerar como un ejemplo de asimilación regresiva (Väänänen, 1988: 325; Adams, 1977: 14 y ss.). Finalmente, en cuanto a *commandaticiae*, Väänänen (1988: 162) y Adams (1977: 8) prefieren ver este ejemplo como una forma rehecha (por recomposición, suprimiendo la apofonía) sobre un verbo *commandare* mientras que Cugusi (1992: 155) lo considera otro caso de asimilación

regresiva como *dalabram*.

El sistema consonántico, respecto a la lengua estándar o latín clásico, también presenta una serie de desviaciones que se documentan en las cartas de Terenciano.

El fenómeno más frecuente afecta a la /-m/, que presenta una marcada tendencia a la omisión. Este proceso no es nuevo: aunque no presentaba problemas en posición inicial o interior, en posición final la omisión se atestigua en época arcaica, en inscripciones del s. III a.C (en el epitafio de los Escipiones), tanto si la palabra siguiente comenzaba por vocal o por consonante, y en las palabras gramaticales (vid. Adams, 2013: 129-130) se dio una asimilación con la consonante siguiente⁸. El resultado de esta desaparición sería una nasalización de la vocal precedente y su alargamiento compensatorio, cambio que ya tratan de explicar Quintiliano (I, 7, 23; IX, 4, 40) y los gramáticos antiguos. Muestra de eso es el tratamiento prosódico especial de /-m/: hace posición ante consonante y se elide, junto a la vocal anterior, seguida de vocal. En el s. II a.C. se produjo una reacción purista que reintrodujo su escritura (aunque en inscripciones y otros textos vulgares de época imperial se omite con frecuencia) a todas luces como arcaísmo, ya que, a juzgar por el testimonio de Quintiliano y los gramáticos, parece que lo más probable es que no se pronunciase (Väänänen, 1988: 120-122; Bassols, 1992: 190-191; Allen, 1978: 30-31; Adams, 2013: 128 y ss.; Sihler, 1995: 227).

Los ejemplos en la carta 468 son numerosos: *unu* (< *unum*, 10, 10, 11, 11, 17), *aute* (< *autem*, 12), *gallinaria* (< *gallinariam*, 16), *iacuisse* (< *iacuissem*, 21), *ea* (< *eam*, 27), *bona* (< *bonam*, 34), *Aprodisia* (< *Aphrodisiam*, 49), *centurione* (< *centurionem*, 50), *scriba* (< *scribam*, 51, 60), *Frontone* (< *Frontonem*, 56), *Seuerinu* (< *Seuerinum*, 58), *Marcellu* (< *Marcellum*, 59), *collega* (< *collegam*, 59). Estos casos responden a la omisión de la /-m/, que afecta tanto a acusativos como a partículas (*autem*) y a verbos (*iacuissem*). El hecho de que la carta no esté escrita del puño y letra de Terenciano y la abundancia de este tipo de errores respecto al resto de cartas del *corpus* apuntan a que el texto fue redactado por un escriba no muy ducho (Adams, 2013: 131). En cuanto a los casos de *speraba(m)* (22) y *alia(m)* (30) no pueden considerarse representativos de este fenómeno, al menos no de forma totalmente segura, ya que el contexto en el que nos encontramos estas palabras, [...] *sperabame* [...], [...] *aliami* [...], unido a la redacción en *scriptio continua* del texto, hace imposible saber si la economía de medios en la redacción no ha llevado al escriba a la escritura de una consonante en lugar de dos cuando eran perfectamente deducibles del contexto.

Subtalare (< *subtalares*, 25) presenta la omisión de /-s/. Solo hay dos ejemplos de esto en las cartas (el otro, en la 471, y es dudoso). La desaparición de la /-s/ (Bassols, 1992: 192-194; Väänänen, 1988: 122-124; Sihler, 1995: 227-228) cuando iba precedida de vocal breve y seguida de consonante se atestigua de forma clara en las inscripciones arcaicas de los s. IV y III a.C. Este proceso también se reflejaba en la métrica: en el contexto descrito arriba, la /-s/

⁸ A este respecto, Adams (2013: 131) señala que el hecho de que la omisión se produzca tanto ante vocal como ante consonante apunta a que la debilidad del fonema no se debe al fonema que sigue. Monteil (1992: 96) achaca este fenómeno a la posición postvocálica de /-m/, a su articulación bilabial y a su posición implosiva absoluta, lo que le otorga gran debilidad.

podía no hacer posición y, por tanto, la sílaba computaba como breve (esta licencia métrica termina con Catulo). Sin embargo, a finales del s. III o a comienzos del II a.C. se produjo una restauración de la /-s/, tanto en el habla elevada como en la cotidiana, lo que unos achacan a un posible proceso de estandarización (Adams, 2013: 133) o al destacado papel de esta consonante en la declinación (Väänänen, 1988: 121). Sea como fuere, a comienzos de época imperial la restauración es completa y aparece de forma sistemática en los documentos. Por ello, tal vez sea lo más oportuno pensar que la desaparición de /-s/ en *subtalare* se deba, tal y como apunta Adams (1977: 30), a un posible error del escriba.

Están presentes también en el texto varios ejemplos en los que podemos observar la presencia de una /-d/ donde esperaríamos una /-t/: 9 casos de *ed* (< *et*, 2, 8, 25, 30, 43, 43, 46, 47, 50) y 2 de *ud* (< *ut*, 21, 42) frente a 28 claros de *et* (y cinco restituidos) y 3 de *ut*. Nos interesa tratar los ejemplos en /-d/ por ser los que se salen de la norma clásica del latín. En principio, parece que el origen de esta variación se debería a una asimilación en el modo de articulación en entornos susceptibles de ello (/t/ > /d/ cuando va seguida de una vocal o consonante sonora). Este hecho dio lugar a la existencia de dos variantes conocidas por los hablantes, e.g., *et/ed*, *ut/ud*. Ahora bien, es probable que algunos hablantes (y escritores) fueran conscientes de este cambio y lo aplicasen en los contextos adecuados y que otros no lo fueran y empleasen ambas variantes indistintamente, al azar. Esta explicación casa perfectamente con lo que tenemos en la carta 468: salvo los ejemplos de la línea 2 (*ed domino*, donde la asimilación estaría clarísimamente justificada) y de las líneas 25 (*ed udones*) y 43 (*ed inuentus*), el resto, tanto de *ed* como de *ud*, aparecen seguidos de consonantes sordas, con lo que el cambio carece de justificación. Igualmente, en las formas correctas *et/ut* se observa que no se produce la asimilación en contextos en los que se podría darse: seguidas de vocal (*et ago*, 7; *et abes*, 14; *et accipias*, 15) o de consonante sonora (*et me*, 13; *ut mittas*, 24; *ut mi*, 27; *et rogo*, 27; etc.). Finalmente quedan dos cosas por señalar: en primer lugar, que este cambio es frecuente en monosílabos y palabras gramaticales pero raro en otras palabras; y en segundo lugar, que el testimonio de las cartas apunta a que esta oscilación entre /-t/ y /-d/ puede depender de una mayor formación o de una escritura más cuidadosa ya que, frente a esta carta 468, la 467 no presenta ninguna grafía aberrante de este tipo (Adams, 2013: 157-162; 1977: 25-29).

En *im mensem* (26) y en *im perpetuo* (65) se ha producido una asimilación regresiva del punto de articulación (de dental ha pasado a labial): /-n/ > /-m/. Este fenómeno lo localizamos también en compuestos como *concosutum* (9) y en *imboluclum* (9, 14, vid. *infra*). En *concosutum* tenemos lo contrario, la /-m/ original del preverbio *cum-* ha velarizado. En cuanto a *illan* (< *illam*, 28), Adams (1977: 45) nos ofrece tres posibles explicaciones: que se trate de un fenómeno hipercorrectivo para evitar la tendencia a la labialización de la /n/ cuando se encuentra ante labial, de una influencia del acusativo masculino singular del pronombre reforzado (*illunc*) o bien que sea un grecismo. En *Puplicium* (< *Publicum*, 58) no se ha producido, pese a las apariencias, un ensordecimiento de /-b-/ , sino que el cambio /-b-/ > /-p-/ se debe a una etimología popular que ponía en relación este nombre derivado del adjetivo *publicus* con *populus*, cuando en realidad procede de *pubes* (Adams, 1977: 83;

de Vaan, 2008: 480, 495).

Otro fenómeno atestiguado en las cartas es el del betacismo, proceso datado en época temprana, a mediados del s. I d.C., que consiste en la aproximación articulatoria (hacia una fricativa) de la consonante oclusiva bilabial sonora /b/ y la semiconsonante /w/ (Bassols, 1992: 153-154; Väänänen, 1988: 97-99; Allen, 1978: 41-42; Adams, 1977: 31-32; 2013: 183-190; Weiss, 2009: 512). Sin embargo, parece que no se dio una convergencia plena de ambos fonemas, como probaría el hecho de que se encuentre más frecuentemente la grafía por <u> que <u> por , sino que fue la semiconsonante /w/ la que evolucionó hacia una bilabial fricativa [β] y la inadecuación de este nuevo fonema con la antigua grafía y su mayor aproximación articulatoria a /b/ dieron lugar al empleo de la grafía para representar [β] (Adams, 2013: 184-185). No obstante, esta no es la única postura, ya que hay estudiosos que sostienen que también se produjo una fricativización de la oclusiva (Väänänen, 1988: 108; Bassols, 1992: 153-154; Weiss, 2009: 512). Sea como fuere, /b/ y /w/ continuaban siendo distintas en posición inicial mientras que eran más susceptibles al cambio en posición intervocálica, patrón que se mantiene en términos generales aunque con algunas diferencias regionales (Adams, 2013: 186). En la carta 468 tenemos como ejemplos de este proceso *pulbino* (< *puluinum*, 12) e *imboluclum* (< *inuoluclum*, 9, 14), en ambos casos en posición intervocálica y con grafía por <u>.

El caso de *imboluclum* (< *inuoluclum*, 9, 14) es curioso, porque presenta numerosas alteraciones. En primer lugar, nos encontramos el betacismo antes expuesto. El cambio de /w/ por /b/ habría provocado que el prefijo *in-* se asimilase al punto de articulación de la consonante siguiente. Finalmente, se ha producido una asimilación progresiva a distancia, de modo que la articulación de /l/ ha influido sobre /r/ (*inuoluclum* > *inuoluclum*).

La aspirada /h/ (< *gh) era en origen similar a una fricativa sorda. Sin embargo, este sonido se fue debilitando de tal forma que en época republicana su pronunciación era muy débil en posición inicial y prácticamente imperceptible en posición intervocálica (no evitaba ya la contracción de vocales ni el rotacismo y hay frecuentes omisiones e hipercorrecciones en las inscripciones). En el s. I a.C. se produjo entre la gente culta una reacción contra la pérdida de su pronunciación, lo que dio lugar a errores de pronunciación por parte de aquellos que no conocían las palabras con aspiración y las que sí la tenían (vid. Cat. 84.) (Bassols, 1992: 181-182; Väänänen, 1988: 105; Allen, 1978: 43-45; Adams, 2013: 125-127; Weiss, 2009: 152-154). En relación con este fenómeno están los ejemplos del pronombre personal de primera persona en dativo, *mi*, forma contracta a consecuencia de la pérdida de la aspiración, y la grafía hipercorrecta *Hitalicum* (< *Italicum*, 57-58).

Finalmente, en *sequurum* (< *securum*, 8) se ha empleado el grafema <q> en lugar del original <c>. No es un fenómeno raro en inscripciones y textos no literarios. Se debe a que el latín, en su adaptación del alfabeto griego (probablemente a través de los etruscos), tomó tres grafemas para representar el fonema /k/: <c> (que podía representar tanto al fonema sordo como al sonoro, se cree que por influencia etrusca), <k> y <q>. Los gramáticos establecieron la norma de que <c> se escribía ante /e/, /i/; <k>, ante /a/ y <q> ante /u/ (por influencia

de la labio-velar [k^w], representada como <qu>). Este sistema se fue progresivamente simplificando en beneficio de <c> (para evitar, por ejemplo, alternancias en paradigmas como el de *locus: loqus, loka, loci*) (Bassols, 1992: 33-37; Allen, 1978: 14-20; Adams, 1977: 32-33). En *securum* observamos el influjo de esta norma todavía en el s. II, con el empleo de <q> ante /u/.

2.2 Morfología y sintaxis

En primer lugar, en relación con el sistema casual, no se observan variaciones en la morfología de los casos y se atestiguan todos los casos (salvo el vocativo) con su uso habitual. Sí que se debe mencionar la presencia de algunos grecismos en la flexión, concretamente tres ejemplos: *illan* (28, una de cuyas posibles explicaciones es que sea una forma del acusativo griego, pero se discute), *Isituchen* (49) y *nostrous* (62). En todos los ejemplos el préstamo está en el acusativo. El caso más claro es el de *Isituchen*, un nombre propio griego (Ἰσιτόχην) que ha sido traducido literalmente al latín y ha conservado el acusativo singular de la primera declinación en -η. En cuanto a *nostrous*, puede deberse a un desliz del escriba, que aplica una desinencia griega⁹ a una palabra latina (-ους era una falso diptongo que en realidad codificaba una vocal larga /o:/, como la desinencia latina de acusativo plural -ōs, ambas procedentes de *-oms, vid. Sihler, 1995: 72).

Sí se observan algunas alteraciones en las construcciones preposición + caso: *con culcitam* (12), *in imboluclum* (14), *in mensem* (26), *de salutem tuam* (32), cuya rección debería ser el ablativo pero nos encontramos con un acusativo. Estas formas alternan con otras correctamente construidas: *per [...] uetranum et per Numesianum* (5-6), *per Martialem* (9), *in qua* (16), *in charta* (19), *de uice* (34), etc. Se debe señalar que en las desviaciones en la construcción del sintagma preposicional respecto al patrón normativo prácticamente no se da ningún intercambio de ablativo por acusativo y uno de los pocos ejemplos en los que se produce lo encontramos en esta carta (Adams, 1977: 37): *in perpetuo*¹⁰ (65).

En general, a partir del material presente en esta y otras cartas, parece que se está asistiendo a las primeras fases de la extensión del acusativo como caso de régimen universal (para más información vid. Väänänen, 1988: 184 y ss.), que va ganando terreno en la rección preposicional. No obstante, el estudio de esta cuestión es complicado, ya que los diferentes cambios fonéticos (en el sistema vocálico, ausencia de consonantes finales como /-m/ o /-s/, hipercorrecciones) dificultan la interpretación de los datos, y las opiniones sobre el origen de la forma nominal única en las lenguas romances son controvertidas (si es el acusativo el

⁹ La influencia griega en el latín no es extraña, ya que los griegos llegaron a Italia en el s. VIII a.C. Posteriormente, el contacto fue aumentando en los s. III y II a.C. (conquista de la Magna Grecia, de Sicilia y entrada en el ámbito helenístico con la segunda guerra macedónica). Además, en Egipto, de donde proceden las cartas, el griego era una de las principales lenguas desde época ptolemaica (finales del s. IV a.C.).

¹⁰ Los giros habituales eran o *perpetuo* o *in perpetuum* (Väänänen, 1988: 326). Cugusi (1992: 158) propone que se trata de una fusión de ambos giros.

único caso conservado o si este régimen universal se debe a una fusión de acusativo, dativo y ablativo) (Väänänen, 1988: 192).

También se atestiguan variaciones en el uso casual. Así, nos encontramos con el sintagma *in do*¹¹ (34) y el ablativo *domo* (47): el ablativo con valor locativo ha sustituido al locativo en una de las pocas palabras que todavía lo conservaba en latín (*domi*). Este uso del ablativo sin preposición para indicar Ubicación era poco frecuente en latín clásico y se limitaba a topónimos de ciudad sin locativo, nombres que designan lugar y a nombres concretos de objetos que ocupan un espacio y sirven para localizar una entidad (Torrego, 2009: 222-223). Del mismo modo, el ablativo *multis annis* (64) está desempeñando la función semántica de Duración, que no es la más usual (suele ser desempeñada por un acusativo o un sintagma de *per* + acusativo) pero tampoco es extraña (Torrego, 2009: 218).

El sistema verbal latino que encontramos en el texto presenta, de la misma manera que el sistema casual, algunas modificaciones. Aunque la aproximación entre /ē/ e /ī/ y el betacismo podían dar lugar a confusiones en el paradigma verbal (entre desinencias de presente y de futuro y entre el futuro y el perfecto¹²), no obstante, este problema no se documenta en la carta 468 (pero sí en otras como la 471, vid. Adams, 1977: 48).

Dos de los ejemplos más llamativos en esta carta son los participios de futuro *missiturum* (< *missurum*, 22) y *uiciturum* (< *uicturum*, 37), que aparecen remodelados (Adams, 1977: 49).

El participio de futuro activo se formaba con la adición del sufijo *-ūrus* al mismo tema con el que se formaba el participio de perfecto pasivo (Weiss, 2009: 443). En realidad, en primer término se produjo una remodelación del participio de perfecto pasivo: esta forma nominal del verbo se creaba con la adición del sufijo *-tus*¹³(con una variante *-sus*) normalmente sobre la raíz o sobre el tema de presente (las excepciones son muchas, vid. Weiss, 2009: 437-443). Aunque los participios en *-ā-tus*, *-ī-tus*, *-ū-tus* fueron los más productivos y exitosos en la transmisión al romance, existía también una forma en *-ĭ-tus*¹⁴ que parece que tuvo una cierta productividad en algún momento del latín vulgar de época temprana (aunque tendió a desaparecer) (Adams, 1977: 49) y se extendió a otras formas por analogía: de esta manera, frente a los esperables *missus/uictus* se habrían creado unas formas **missitus/uicitus* y sobre ellas se formaría el participio de futuro. Adams (1977: 51) indica que el participio de futuro pasivo está perdiendo su uso corriente y se basa en las líneas 36-38: *spero me frugaliter uiciturum et in cohortem transferri*. Si el participio de futuro pasivo fuese una forma muy empleada, el escriba no tendría que haber recurrido a la coordinación de un infinitivo de futuro activo (perífrasis de participio de futuro activo más *esse*) y un infinitivo de presente pasivo en sustitución del infinitivo de futuro pasivo.

¹¹ Väänänen (1988: 325) dice que *do* es una apócope familiar de *domo*.

¹² *-ēt/-it; -ui/-bi-*.

¹³ Procedente del sufijo del adjetivo verbal proto-indoeuropeo **-to-*.

¹⁴ Presente en los verbos de la 2ª conjugación a los que se añadía el sufijo *-tus* al tema de perfecto *-ĕ-*, en verbos de la 3ª con infijo nasal pero que no presentan raíz infijada en el participio de perfecto y en verbos de la misma conjugación cuya raíz terminaba en *-CH* (*-CHC* > *CăC* > *CĭC*) (Weiss, 2009: 437-443).

En las formas de presente es posible localizar algunos rasgos diferentes. El primero de ellos corresponde a *fiet* (39) que, en apariencia, es un futuro. Sin embargo, el contexto nos lleva a pensar que se trata de un presente (*hic autem sene aere nihil fiet neque epistulae commandaticiae nihil ualunt*), pues está coordinado con un presente y tiene más sentido entenderlo de este modo. Adams (1977: 51) se suma también a esta opinión y señala que las desinencia *-et* ha dejado de ser morfológicamente distintiva de futuro (por la confusión /ē/-/ĭ/ ya tratada). *Fiet* puede deberse a la analogía: del mismo modo que para *dico* encontramos una tercera persona *dicet* para *fio* podría ser *fiet* (también vid. Väänänen, 1988: 222).

La segunda variación atañe a *ualunt* (40), cuya desinencia *-unt* (en lugar de *-ent*, propia de la segunda conjugación) se debe a una oscilación entre segunda y tercera conjugación característica de textos vulgares (Adams, 1977: 51), vacilación ya antigua entre algunos verbos de estas conjugaciones que ha motivado por efecto de la analogía cambios en las conjugaciones, especialmente a favor de la tercera (Väänänen, 1988: 219-220).

En *praestat* (30) podemos ver un empleo del presente histórico, más frecuente en cartas en las que narra conversaciones en un contexto de pasado (Adams, 1977: 51-52). El presente histórico se emplea para referirse a una acción pasada pero que se simula colocada como relevante en el momento del habla (Ramos, 2009: 423-424), como se observa en el texto: *ea quam mi misisti, optionem illan mi abstulisse, sed gratias illi ago: meliorem alia mi praestat. Abstulisse* (28), que parece que queda colgado al carecer de un verbo principal, Väänänen (1988: 325) considera que depende de un verbo principal omitido como *scias* (repetido a lo largo del texto). Lo contrario sucede en 44 (*inuentus est Dios in legione*), donde falta la conjunción.

Me iacentem in liburna (13) es una construcción absoluta. No obstante, este es uno de los casos en los que los cambios fonéticos dificultan la interpretación. Un primer impulso nos llevaría a pensar que se trata de una construcción participial de acusativo absoluto, cuyos primeros testimonios datan del s. II pero que no se hace frecuente hasta el s. IV (Álvarez, 2009: 154). Sin embargo, ni Väänänen (1988: 324) ni Adams (1977: 59-61) lo consideran como tal. El primero se decanta directamente por considerarlo un ablativo absoluto con una *-m* adventicia. Adams adopta una posición más abierta: o bien lo considera un ablativo absoluto con *-m* adventicia, o bien apuesta por que se trata de un anacoluto y Terenciano se habría imaginado a sí mismo como paciente pero luego habría empleado la pasiva para referirse a un sujeto desconocido (*me iacentem in liburna sublata mi sunt*).

En 33 nos hallamos ante una construcción de *habeo* + participio: *te habere bona reacceptam*. La cuestión es si estamos ante una forma de pasado perifrástica¹⁵, interpretación por la que se decantan Adams (1977: 52) y Väänänen (1988: 325). El perfecto latino tenía un valor resultativo (resultado actual de una acción pasada) y uno pretérito puntual (sitúa un acontecimiento cerrado en un punto anterior al momento del habla). El predominio del segundo valor sobre el primero acabó provocando que se emplease la perífrasis *habeo* + participio para indicar resultado, si bien los ejemplos de ello no son numerosos

¹⁵ Presente en distintas lenguas romances, como el español, el francés o el italiano.

hasta la segunda mitad del primer milenio. No obstante, este tipo de estructura ya se documenta a partir del latín arcaico (en Plauto) aunque, en origen, *habeo* conservaba su valor posesivo y se construía con un acusativo en función de objeto directo y un participio predicativo, valor posesivo que se mantiene en el tiempo. *Habeo* + participio presenta ya en época tardorrepublicana una gramaticalización mayor, en expresiones que denotan una adquisición física o mental, en las que el valor de perfecto está más claro (Herman, 2013: 91-93; Väänänen, 1988: 213; Adams, 2013: 615-651). El tipo *habere bona reacceptam* estaría próximo a este último modelo. En esta discusión, “*sería preferible pensar en muchos siglos de ambigüedad en la locuciones de *habeo* con una variedad de participios, antes de que finalmente tuviera lugar la gramaticalización*”¹⁶.

También destaca la presencia de la aposición partitiva, que consiste en que un nombre apuesto a otro ejerce la función característica de un genitivo explicativo o partitivo (como en este caso), uso localizado principalmente en textos coloquiales (Väänänen, 1988: 247; Adams, 1977: 42). Así, tenemos: *amicla par unu*, *amicloria par unu*, *sabana par unu*, *saccos par unu* (10-11); *phialas quinaras par unu et calices paria sex* (17-18); *udones par* (25).

En el *corpus* de Tiberiano se observa también un gran avance del pronombre deíctico *ille* (simple o reforzado con *-c(e)*) que gana terreno, sobre todo, en detrimento del anafórico *is*, que ya solo aparece en formas polisilábicas: *ea* (27). *Illi* (29) y *pro illo* (45) pueden considerarse casos en los que el deíctico se ha impuesto sobre el anafórico (para más información, vid. Adams, 1977: 44-47; 2013: 453-481).

Por último, se debe hablar del orden de palabras. Los estudios tipológicos del siglo pasado dividieron las lenguas en dos grandes grupos según el orden de sus constituyentes: S(ujeto)O(bjeto)Verbo o SVO¹⁷. El orden básico del latín clásico era SOV (Weiss, 2009: 462), aunque los datos demuestran que era menos rígido que el del latín arcaico (Baños & Cabrillana, 2009: 689), lo que explica la presencia de rasgos típicos de una lengua SVO como las preposiciones o la secuencia NA, NG (para el tratamiento de la cuestión en profundidad vid. Pinkster, 1995: 211-243; Baños & Cabrillana: 2009; Bauer: 2009).

La carta de Terenciano no respeta el modelo clásico. Se aprecia el predominio de la secuencia SVO, en términos generales, cuando sujeto y objeto están expresos (Adams, 1977: 74). Es el orden mayoritario en las oraciones principales, aunque ello no excluye que podamos encontrar algunos casos minoritarios de SOV (*caligae autem nucleatae nugae sunt*, *bis me im mensem calcio*, 25-26; *gratias illi ago: meliorem alia mi praestat*, 29-30; *hic autem sene aere nihil fiet neque epistulae commandaticiae nihil valunt*, 38-40) o de VOS (*salutat te mater mea ed pater ed fratres mei*, 46-47). En las subordinadas, por el contrario,

¹⁶ “*It may be preferable to think of many centuries of ambiguity in *habeo*-expressions with a variety of participles, before grammaticalisation finally took place.*” (Adams, 2013: 646).

¹⁷ Una lengua SOV prototípica tendrá como rasgos sintácticos característicos la predominancia de las posposiciones y un orden A(djetivo)N(nombre), G(enitivo)N, etc., mientras que las lenguas SVO tendrán la estructura opuesta.

es más frecuente el orden SOV, especialmente en las oraciones de infinitivo, que aparecen normalmente tras el verbo (*speraba me pluriam tibi missiturum*, 22; *spero me frugaliter uiciturum et in cohortem transferri*, 36-38) mientras que en las de relativo, todas de tipo posnominal, el orden de palabras es el mismo que en las principales (a excepción de *que mihi maxime uota sunt*, 3-4). En el sintagma nominal se emplea, de forma general, la secuencia NA (*imboluclum concosutum*, 9; *amictorium singlaré*, 14-15; o *phialas quinarias*, 17; *caligas cori*¹⁸ *subtalare*, 24-25, entre otros) salvo con los adjetivos posesivos, los numerales y los de valor enfático (*plurimam salutem*, 2).

En este aspecto, la importancia de las cartas de Terenciano es grande porque son el primer documento que refleja un empleo mayoritario del orden SVO frente a SOV, todavía conservado en los textos literarios y administrativos de la época (Adams, 1977: 67-68).

3. CONCLUSIONES

A lo largo de este artículo se ha observado cómo un texto de comienzos del s. II d.C. ya presenta una serie de cambios, al menos en sus fases iniciales, que nos adelantan el camino que va a seguir la lengua del Lacio en su evolución hacia las diferentes lenguas romances.

Nos encontramos con fenómenos de índole fonética como los inicios de la convergencia de /ē/ e /i/, la constatación de la desaparición de la /-m/, el betacismo, la palatalización de consonantes en contacto con /y/ u otros cambios que, aunque ya se daban anteriormente, son más visibles en un texto de colorido popular (contracción en hiato, asimilaciones, etc.). Estos cambios fonéticos afectaban, a su vez, a la morfología: la pérdida de /-m/ podía dar lugar a confusiones casuales y se alteró la morfología verbal (-it/-et, -ui/-bi-, formas rehechas, como los participios de futuro vistos *supra*).

Además, se empieza a extender el acusativo como caso preferente de la rección preposicional, se pierde el locativo, sustituido por el ablativo; se documenta una perífrasis de *habeo* + participio con valor de perfecto y el pronombre déictico *ille* (gérmen del artículo en las lenguas romances) le va ganando terreno al anafórico *is*. En cuanto a la sintaxis, la carta 468 da claras muestras ya de un cambio en el orden de palabras y un avance hacia una estructura SVO (presente en la mayoría de las lenguas romances) a nivel oracional y en el sintagma nominal.

De todo esto se puede concluir que el latín no solo era el latín clásico de César y Cicerón, de Virgilio y Horacio, que se canonizó y estandarizó, lo que le permitió permanecer invariable en el decurso de los siglos, sino que era una lengua viva que cambiaba y evolucionaba, hecho atestiguable en esta carta, donde se observa que el latín coloquial o vulgar presentaba una serie de desviaciones frente a la norma, motivadas por el natural desarrollo de la lengua.

Sin embargo, en estos momentos iniciales no habría que pensar en dos lenguas totalmete diferentes (como ocurre ya en la Edad Media, con el nacimiento de las lenguas

¹⁸ Es el único genitivo adnominal presente en el texto, probablemente por la sustitución del empleo de este caso por la aposición partitiva.

romances) sino más bien en dos registros: uno elevado, culto, propio de las tareas burocráticas, administrativas y literarias, y uno popular, la lengua del día a día, de uso cotidiano.

Así, este texto del s. II constituye una joya que, por sus particulares características, nos permite observar en parte la realidad lingüística que subyacía en este momento de la historia de la lengua latina y que nos deja acercarnos a través de unas pocas líneas a una de las facetas peor conocidas de la lengua latina por la falta de testimonios documentales como es el latín vulgar, la lengua cotidiana real de gran cantidad de la población que formaba parte del inmenso territorio dominado por Roma.

4. BIBLIOGRAFÍA

ADAMS, J.N. *The Vulgar Latin of the letters of Claudius Terentianus*. Manchester University Press, Manchester, 1977.

ADAMS, J.N. *Bilingualism and the Latin Language*. Cambridge University Press, Cambridge, 2003.

ADAMS, J.N. *Social Variation and the Latin Language*. Cambridge University Press, Cambridge, 2013.

ALLEN, W. S. *Vox Latina*. Cambridge University Press, Cambridge, 1978.

ALSTON, R. *Soldier and Society in Roman Egypt*. Routledge, London-New York, 1995.

ÁLVAREZ, O. “Acusativo”, *Sintaxis del latín clásico*, Liceus, Madrid, 2009, pp. 131-154.

BAÑOS, J. M. & CABRILLANA, C. “Orden de palabras”, *Sintaxis del latín clásico*, Liceus, Madrid, 2009, pp. 679-707.

RAMOS, A. “Tiempo y Aspecto”, *Sintaxis del latín clásico*, Liceus, Madrid, 2009, pp. 405-441.

TORREGO, M. E. “Ablativo”, *Sintaxis del latín clásico*, Liceus, Madrid, 2009, pp. 211-249.

BASSOLS, M. *Fonética Latina*. CSIC, Madrid, 1992.

BAUER, B. “Word Order”, *New Perspectives on Historical Latin Syntax: syntax of the sentence*. Mouton de Gruyter, Berlin-New York, 2009, pp. 241-306.

BELTRÁN, J. A. *Introducción a la morfología latina*. Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1999.

CLACKSON, J. & HORROCKS, G. *The Blackwell History of the Latin Language*. Blackwell Publishing, Oxford, 2007.

CUGUSI, P. *Evoluzione e forme dell'epistolografia latina nella tarda Repubblica e nei primi due secoli dell'Impero*. Herder, Roma, 1983.

CUGUSI, P. *Copus Epistularum Latinarum vol.1*. Edizioni Gonnelli, Firenze, 1992.

CUGUSI, P. *Corpus Epistularum Latinarum vol.2*. Edizioni Gonnelli, Firenze, 1992.

DE VAAN, M. *Etymological Dictionary of Latin and the other Italic Languages*. Brill, Leiden-Boston, 2008.

HERMAN, J. *El latín vulgar*. Editorial Planeta, Barcelona, 2013.

MONTEIL, P. *Elementos de fonética y morfología del latín*. Universidad de Sevilla, Sevilla, 1992.

PINKSTER, H. *Sintaxis y semántica del latín*. Ediciones Clásicas, Madrid, 1995.

SIHLER, A. L. *New comparative grammar of Greek and Latin*. Oxford University Press, New York-Oxford, 1995.

STRASSI, S. *L'archivio di Claudius Tiberianus da Kanaris*. Walter de Gruyter, Berlin-New York, 2008.

VÄÄNÄNEN, V. *Le latin vulgaire des inscriptions pompéiennes*. Akademie-Verlag, Berlin, 1966.

VÄÄNÄNEN, V. *Introducción al latín vulgar*. Gredos, Madrid, 1988.

WEISS, M. *Outline of the Historical and Comparative Grammar of Latin*. Beech Stave Press, Ann Arbor-New York, 2009.

Para la consulta online del papiro:

<http://www.papyri.info/ddbdp/c.ep.lat::142>